

¿Qué nos dice el Nuevo Testamento de la fe?
(Málaga. Resumen)

Adolfo Chércoles Medina sj

Introducción

Si hay un término complejo en el NT es la fe. Continuamente está presente, y siempre es decisivo, pero su 'definición' no puede ser más complicada. Se experimenta como don y al mismo tiempo se echa en cara la falta de fe; su carencia dificulta (e incluso imposibilita) la misma acción de Jesús, y su firmeza arranca la respuesta y admiración del propio Jesús; la fe del pueblo de Israel no descubre al que esperaba y, sin embargo, “*vendrán muchos de oriente y occidente y se sentarán con Abrahán...*” (Mt 8, 11). Parece ser que es algo que no se puede 'dar por supuesto'.

Lo que no podemos discutir es que la fe en el NT gira en torno a Jesús. Pero no es lo mismo la vivencia de la fe después de la Pascua, que antes, sobre todo en los momentos más oscuros de la Pasión y Muerte de Jesús. Por eso dividiremos nuestra búsqueda en tres epígrafes:

I. La fe postpascual: la fe de la Iglesia

II. La fe prepascual

III. La fe de Pedro

I. La fe postpascual: la fe de la Iglesia.

La 'fe de la Iglesia', surge después de la Pascua y con la venida del Espíritu Santo, pero no podemos desconectarla de lo que aquellos testigos vivieron a trompicones antes de la Pascua.

En efecto, la fe de la Iglesia no es la historia personal de la fe de cada uno, sino aquello que transmitieron los primeros testigos. Pedro, a la hora de elegir el sustituto de Judas, lo plantea así: “*Es necesario, por tanto, que uno de los que nos acompañaron todo el tiempo en que convivió con nosotros el Señor Jesús, comenzando en el bautismo de Juan hasta el día en que nos fue quitado y llevado al cielo, se asocie a nosotros como testigo de su resurrección.*” (Hech 1, 21-22). Los que convivieron con Jesús hasta que nos fue quitado y que sea testigo de la resurrección.

Parece ser clave el ser testigo de la Resurrección. Ahora bien, la resurrección no es un acontecimiento a disposición de quien quiera comprobarlo, sino que como Pedro dice: “*Dios lo resucitó al tercer día y le concedió la gracia de manifestarse, no a todo el pueblo, sino a los testigos designados por Dios.*” (Hech 10, 40-41) En este sentido se dice que la Resurrección no es un hecho histórico disponible. Es decir: “*la resurrección de Jesús va más allá de la historia, pero ha dejado su huella en la historia.*”¹ Su experiencia: “*...desvanecía cualquier duda, [hasta el punto de] ...dar testimonio: Cristo ha resucitado verdaderamente,*” porque “*'Resurrección' significa: ¡no creer, sino percibir!*” (p 631) O es sorpresa, pero palpable, o no es nada.²

Pues bien, va a ser esta experiencia de los testigos del Resucitado, la que va a recuperar al 'Jesús histórico', y no al revés. Sin embargo, esta experiencia deslumbrante no elimina la realidad de la Cruz -el Resucitado conserva los signos de la pasión-, sino todo lo contrario, se convierte en el

¹ Benedicto XVI, **Jesús de Nazaret (II)**, pp. 316-319 ???

² Me sorprendió la razón de Schillebeck, de '¿por qué volvieron a reunirse los discípulos?': “*Porque tuvieron una profundísima experiencia que les hizo sentirse salvados, perdonados, experiencia que relacionaron con la figura del ajusticiado.*” ¿La figura de un ajusticiado puede generar tanta vida? ¡¡¡ (Cf. J. Antonio Marina, **Op. Cit.** p. 39)

signo distintivo del cristianismo. (II Cor 4, 7-12) Es decir, nuestra fe no nos ahorra sufrimiento y la permanencia en la prueba es lo único que hace creíble la fe cristiana. Los grandes Santos “*están llamados... a superar en su cuerpo, en su alma, las tentaciones de una época, a soportarlas por nosotros... y a ayudarnos en el camino hacia Aquel que ha tomado sobre sí el peso de todos nosotros...*”³ Esta fidelidad en la prueba es lo que necesitamos y agradecemos. Madre Teresa.

“...en la Modernidad, la pregunta de la teodicea se convierte en problema en cuanto deja de creerse en la resurrección... (Rom 8, 30)”⁴ Era la añoranza de Horkheimer (la **trascendencia**) y lo que echaba de menos Javier Marías (la **justicia última**). Si nos quedamos en la 'ética universal', sobra la religión en cuanto tal. La humanidad necesita respuestas, y para responder necesitamos fuerza que no se agote y entusiasmo que no decaiga, y ninguna de las dos cosas me las proporcionan las 'ideas claras' por muy 'distintas' que sean. Si en algo se constata la experiencia del Espíritu de aquellos primeros testigos es en la intrepidez.

Pero esta fe de la Iglesia culmina en la Trinidad, idea difícil de digerir para un pueblo tan exageradamente monoteísta. Pues bien, este Hijo se hizo uno de tantos (I Jn 1, 1-3) y desde abajo nos interpeló (desde arriba no se interpela a nadie sino se impone) y porque era Dios reinterpretó la Ley ('*pero yo os digo*'), posibilitando convertir nuestra vida en un **seguimiento**. Ese asumir la fragilidad humana -¡eso quiere decir **encarnación!**-, culminó con la cruz como fracaso radical, gustó la muerte para librarnos de la muerte. Por último, el mismo **Espíritu** que resucitó a Jesús, se nos dio: “*Pues todos nosotros... hemos sido bautizados en un mismo Espíritu para formar un solo cuerpo.*” (I Cor 12, 13) Por eso la tarea del cristiano es: “*Id, pues, y haced discípulos a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo...*” (Mt 28, 19-20)

II. La fe prepascual.

Dada la complejidad de la fe en los Evangelios, enmarcamos nuestra búsqueda en 5 epígrafes:

- 1. Lo incompatible con la fe
- 2. Clases de fe
- 3. Jesús ante la fe de los demás
- 4. Dificultades para creer en Jesús
- 5. Culminación de la fe: el **seguimiento**. ¿La fe postpascual?

1. Lo incompatible con la fe

-**la soberbia**: (Lc 1, 51-52 y Lc 18, 14).

-**la exigencia o la curiosidad imposibilitan el don y la sorpresa: la gracia**

“*Esta generación perversa y adúltera exige una señal, pues no se le dará más signo que el del profeta Jonás*” (Mt 12, 38-40 y Mt 16, 4): frente a la exigencia de una señal que 'pruebe', está el 'signo de Jonás' (¡el hecho Pascual!). Jesús no utiliza ningún milagro para probar nada⁵: es respuesta a una 'necesidad' e impone silencio. En Jn 6, 26 les echa en cara que lo buscan, “*no porque habéis*

³ Benedicto XVI, **Jesús de Nazaret**, p 201

⁴ **Ibidem**, pp. 304-306

⁵

Quitando, posiblemente, la resurrección de Lázaro en cuanto premonición de la suya.

visto signos, sino porque comisteis pan hasta saciaros...” El milagro por sí solo no aporta nada a la fe, sino el 'signo de Jonás': éste no sólo no se exigía, ¡ni se esperaba!⁶

La acción 'milagrosa' de Jesús nunca es espectáculo, sino respuesta a una necesidad; el único referente salvífico es el Resucitado que envía su Espíritu. (¿Origen de nuestras 'incredulidades'?).

– el temor y la duda

El **temor** es la vivencia más paralizadora que podemos experimentar.⁷ Pues bien, Jesús está continuamente avisando el '**No temáis**' (Mc 4, 35-41 y Mt 8, 26) Miedo y fe: son incompatibles. La **duda**, otra vivencia que imposibilita la firmeza de la fe. (Mt 14, 22-33) Sólo la **fe firme** es fe.

–la inconstancia

“... no tiene raíces, es **inconstante**, y en cuanto viene una dificultad o persecución por la palabra, enseguida sucumbe”. (Mt 13, 21) Sólo la permanencia ante la dificultad (¡**afrontar!**) puede 'echar raíces'. “...el que **persevere** hasta el final se salvará...” (Mt 24, 11-13) “...con vuestra **perseverancia** salvaréis vuestras almas” (Lc 21, 19) La salvación es tarea, proceso, no magia. Más aún, en el 'día' decisivo, “...**manteneros en pie** ante el Hijo del hombre” (Lc 21, 34-36).

–la incredulidad radical

“¿**Creéis que puedo hacerlo?**”, pregunta Jesús a los dos ciegos de Jericó (Mt 9, 28), y en Mc 6, 5-6 se dice que Jesús “no pudo hacer allí [Nazaret] ningún milagro... Y se admiraba de su falta de fe.” Jesús no impone: si no creen, no actúa. Lo opuesto a esta incredulidad, “...todo cuanto pidáis en la oración, creed que ya lo habéis recibido y lo obtendréis” (Mc 11,24) Pero, en Lc 18, 8, Jesús se pregunta: “Cuando venga el Hijo del Hombre ¿encontrará fe en la tierra?”

2. Clases de fe

- fe 'firme'

“...cuanto pidáis... creed que ya lo habéis recibido y lo obtendréis” (Mc 11,24) Es la vivencia de una seguridad total, porque no se apoya en mí, sino en aquel a quien pido. Santa Teresa de Jesús dice: *Yo sé que quien esto no creyere no lo verá por experiencia; porque es muy amigo de que no pongan tasa a sus obras...*(Moradas I, c.1, 4)

⁶ Es interesante a este respecto la comparación del punto 5º de las contemplaciones de Tercera Semana de EE con el 4º de la Cuarta. El primero dice así: *considerar cómo la divinidad se esconde, es a saber, cómo podría destruir a sus enemigos y no lo hace, y cómo deja padecer la sacratísima humanidad tan crudelísimamente* (EE 196); el segundo: *considerar cómo la divinidad, que parecía esconderse en la pasión, parece y se muestra ahora tan miraculosamente en la santísima resurrección, por los verdaderos y santísimos efectos della* (EE 223). Los verdaderos y santísimos efectos de la divinidad, no son los que yo le 'exijo', sino aquellos que me desbordan y van más allá de lo que yo hubiese podido imaginar: Dios es 'sorpresa', desbordamiento, no previsión. En el Evangelio lo que le exigen al crucificado para creer en él era “*si eres Hijo de Dios, baja de la cruz...*” ¡y no bajó! Ya veíamos en la primera parte de este Tema III (**La fe postpascual**) cómo la Resurrección es el punto de arranque de una fe que salva.

⁷ Una vez más San Ignacio es un referente de cara a situaciones de temor. En la regla 12 de Discernimiento de Primera Semana nos dice: *...si persona... comienza a tener temor y perder ánimo en sufrir las tentaciones, no hay bestia tan fiera sobre la haz de la tierra como el enemigo de natura humana en la prosecución de su dañada intención con tan crecida malicia*. Es en el mismo comienzo cuando hay que *poner mucho rostro, haciendo el oposito per diametrum* (EE 325), es decir, es lo que nosotros llamamos acobardamiento. De no reaccionar en los mismos comienzos, no hay posibilidad de superación.

-fe mágica

Pero esta firmeza no siempre es tan 'correcta' -sin dejar de ser fe firme-', y Mc 5, 25-34 nos relata una fe que podemos definir 'mágica' (la hemorroísa), pero que Jesús tiene en cuenta.

-fe 'milagrera'

La firmeza de esta fe apunta, tan sólo, al 'milagro' en cuanto tal. Muchos milagros del Evangelio buscan solucionar un problema, a lo mejor angustioso, pero ahí acaba todo. Sin embargo, en la curación de los diez leprosos (Lc 17, 11-14), todos *“mientras iban de camino, quedaron limpios”*, pero sólo uno vuelve, *“alabando a Dios... y se postró a los pies de Jesús... dándole gracias.”* Jesús pregunta: *“¿No han quedado limpios los diez?... ¿No ha habido quien volviera a dar gloria a Dios más que este extranjero?”* Es decir, es 'milagrera' la fe que se agota en el pretendido milagro. Jesús dice al samaritano: *“Levántate, vete; tu fe te ha salvado.”* Parece que la fe está para **salvar**, no para 'curar', y la 'salvación' siempre hace referencia a la persona, no a la dolencia.

-fe respuesta personal: seguimiento

En efecto, la vuelta del samaritano agradecido hace que su fe culmine en un encuentro personal. ¿No hemos dicho que la fe es adhesión personal? Lo distintivo de la fe cristiana es la relación personal de los que rodearon a Jesús, que culminará en la fe postpascual, una experiencia 'ontológicamente' nueva y que Pablo describirá con frases tan expresivas como: *“...vivo, pero no soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí...”* (Gal 2, 20) No es pues la fe 'milagrera' la que salva, sino la que nos transforma en respuesta agradecida, y se convierte en **seguimiento**. Lo mismo ocurre con la curación del hijo del funcionario real de Cafarnaúm (Jn 4, 46-53): *“creyó él con toda su familia.”* Aquí se cumple lo que Jesús había expresado con su queja: *'Si no veis signos y prodigios, no creéis'*. Por último, Juan dirá al final de su Evangelio, dirá: *“Bienaventurados los que crean sin haber visto.”* (Jn 20, 29) En cualquier caso, sea viendo 'signos' o sin ellos, la decisiva es la fe que salva, porque pone en juego y da respuesta a toda la persona, llena toda su vida.

3. Jesús ante la fe de los demás**-Quejas**

Jesús no se encuentra con un entorno ideal: sus quejas por 'falta de' o 'poca' fe son constantes. Ante un Pedro que se hunde, Jesús lo auxilia pero quejándose: *“Hombre de poca fe, ¿por qué dudaste?”* (Mt 14,31) Es la 'poca fe' la que le hace 'dudar'.

La fe, por tanto, tiene niveles cuyo control no depende de nosotros. Los mismos apóstoles suplican: *“Auméntanos la fe”*, a lo que Jesús responde: *“Si tuvierais fe como un granito de mostaza, diríais a esta morera: 'Arráncate de raíz y plántate en el mar', y os obedecería”* (Lc 17,5-6). Pero donde aparece con todo su dramatismo esta falta de fe es en el padre del endemoniado. Ante la afirmación de Jesús *“Todo es posible al que tiene fe”*, el padre grita: *“Creo, pero ayuda mi falta de fe”* y Jesús cura al muchacho. (Mc 9, 14-29)

La 'queja' más célebre es la de Jesús resucitado ante el 'incrédulo' Tomás. Jesús se somete a su exigencia que provoca el *“Señor mío y Dios mío”*, la confesión más plena de adoración de todo el Evangelio. Pero lo que más nos atañe es el final del relato: *“¿Porque me has visto has creído? Bienaventurados los que crean sin haber visto”* (Jn 20, 24-29). El 'acto de fe' de Tomás no es precisamente el palpar sus llagas -que posiblemente ni lo hizo-, sino su acto de adoración. La fe no es comprobación, sino respuesta en adoración de la persona como totalidad. La experiencia del Resucitado con la venida del Espíritu es, como ya dijimos, un punto de arranque que recupera al Jesús histórico, y no al revés. La vivencia gozosa del Resucitado suplanta cualquier necesidad de 'gurús', que tanto anhela el ser humano, pero que impide que nuestra experiencia culmine en una **fe**

firme, la única que pone en juego a la persona como totalidad, **en adoración**. No es cuestión de imaginación, sino de sorpresa y constatación.⁸

- Sorpresas

Jesús tenía como nosotros, capacidad para llevarse sorpresas. Y respecto a la fe que le rodeó, la sorpresa mayor fue encontrar tan 'poca fe' -incluso 'incredulidad'- en los 'creyentes' y fe firme en los que estaban 'fuera'. En Mt 8, 5-13, ante la respuesta del centurión romano, comenta el evangelista: *“Al oírlo, Jesús quedó admirado... En verdad os digo que en Israel no he encontrado en nadie tanta fe”*, y presiente la llegada de los gentiles: *“Os digo que vendrán muchos de oriente y de occidente...”*

Pero es más llamativo el pasaje de la cananea (Mt 15, 21-28). La resistencia de Jesús a atender a aquella mujer nos desconcierta, si es que no nos escandaliza. Pero va a ser la fe -¡de una pagana!- la que rompa su resistencia. Ante la 'humildad' de esta mujer, todo el 'judaísmo' de Jesús se derrumba: *“Mujer, qué grande es tu fe: que se cumpla lo que deseas.”* La fe firme de esta mujer va abriendo nuevos caminos: la fuerza de esta fe está en la adoración, no en la prepotencia, ni la 'exigencia'.

Marcos y Mateo recogen la reacción de unos paganos (el centurión y los soldados que custodian al crucificado): *“...este hombre era Hijo de Dios”*. Este será el punto de arranque de la fe cristiana.

4. Dificultades para creer en Jesús

En el mismo comienzo, las propuestas de Jesús chocan con el entorno. Por otro lado, Jesús no se rodea de personas especialmente 'religiosas', y experimentarán los mismos rechazos que nosotros ante su visión del **poder**, la **riqueza**, la **sexualidad**, el **sacrificio**, el **ser uno de tantos...**

-el poder

Es un tema recurrente en los Doce. La lucha por el poder aparece en los tres Sinópticos: Mc 10, 35-45, Mt 20, 20-28 y Lc 22, 24. La contraposición está clara: *“No será así entre vosotros...”* La única alternativa al poder es el **servicio**: *“...igual que el Hijo del hombre no ha venido a ser servido sino a servir y a dar su vida en rescate por muchos. (Mt).”*⁹ Esta propuesta, ¿es algo disparatado? ¿Qué pedimos al poder legítimo, que 'abuse' o que 'sirva'?

-la riqueza

Es el segundo escándalo de los que le rodean. Ante la búsqueda sincera del rico que le pregunta qué tiene que hacer para heredar la vida eterna (Mc 10, 17-31) y su confesión de que todo lo ha guardado desde su juventud, Jesús responde: *“Una cosa te falta: anda, vende lo que tienes, dáselo a los pobres, así tendrás un tesoro en el cielo, y luego ven y sígueme.”* Su reacción es deprimente, pero esclarecedora. Marcos dice que él *“frunció el ceño y se marchó triste porque era muy rico.”* Ante la reacción de Jesús -*“...Más fácil le es a un camello pasar por el ojo de una aguja, que a un rico entrar en el reino de Dios”*-, los discípulos *“se espantaron y comentaban: 'Entonces, ¿quién puede salvarse?’”* Es el espanto a perder una seguridad tangible. *“Jesús se les quedó mirando y les dijo: 'Es imposible para los hombres, no para Dios. Dios lo puede todo’”*. En efecto, su apuesta será: *“Bienaventurados los pobres en el espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.”* (Mt 5, 3)

En realidad esto no es un programa político, ni siquiera una ética; es un problema existencial: donde

⁸ Es sugerente en este momento traer el testimonio de Santa Teresa de Jesús: *“Si es imagen, es imagen viva, no hombre muerto; no como estaba en el sepulcro, sino como salió de él después de resucitado. Y viene a veces con tan gran majestad que no hay quien pueda dudar sino que es el mismo Señor.”* (**Vida**, XXVIII, 7-8)

⁹ Más que 'alternativa', habría que decir la 'única salida', el único 'sentido' del poder es el servicio.

ponemos nuestra seguridad, ese es nuestro dios. Por eso el ateísmo -o más bien, el prescindir de Dios- se da en sociedades satisfechas y **seguras**...¹⁰

-la sexualidad

Nadie discutirá que este tema siempre es polémico. También en tiempo de Jesús. En Mt 19 los fariseos le preguntan “*para ponerlo a prueba: ¿Es lícito a un hombre repudiar a su mujer por cualquier motivo?*” Jesús remite a Génesis 2, 24 y ellos insisten: “*¿Y por qué mandó Moisés darle acta de divorcio y repudiarla?*” La respuesta de Jesús es significativa: “*Por la dureza de vuestro corazón os permitió Moisés repudiar a vuestras mujeres; pero, al principio, no era así.*”¹¹ Es la incidencia de nuestras 'durezas de corazón' en la 'ética', con la posibilidad de justificarlo todo (cf. Jer 18, 18). Cuando nuestros deseos se 'desmadran' -¡Dios no incide en nuestras decisiones! ¡Somos **libres!**¹²-, surgen 'logros' tramposos. Pero Jesús es contundente: “*¡Pero al principio no era así...!*”¹³

Jesús, pues, vuelve 'al principio'. Ante esta 'involución', (diríamos hoy), los discípulos se preocupan. Marcos subraya esta extrañeza: “*En casa, los discípulos volvieron a preguntarle sobre lo mismo.*” (Mc 10, 10-11). Ante la postura 'inmovilista' de Jesús, Mateo comenta: “*Los discípulos le replicaron: ‘Si esta es la situación del hombre con la mujer, no trae cuenta casarse.’*” ¿No es esta una reacción generalizada hoy, y que consideramos 'liberadora'?

Pero Jesús no se bloquea: “*No todos entienden esto, sólo los que han recibido ese don... El que pueda entender, entienda.*” La recuperación de lo que fue 'al principio', no se presenta como una imposición, sino como un don. Uno no puede asumir lo que 'no entiende'. La oferta es cómo vivir la propia sexualidad, 'por el reino de los cielos', frente nuestros tramposos, hipocresías y hedonismos.

Por otro lado, la relación de Jesús con la mujer es cercana y acogedora, no acaparadora ni posesiva, sino recuperadora. Lc 7, 50 y Jn 8, 11. Frente a la casuística malsana, la obvedad; frente al juego salaz, la responsabilidad en la tarea creadora; frente a la frivolidad, el compromiso. Y así podríamos seguir... ¡No era su entorno muy diferente al nuestro!

-el sacrificio

Otro motivo de escándalo y rechazo será la **cruz**. La postura de Pedro ante el anuncio de Jesús de su Pasión no puede ser más enérgica: “*¡Lejos de ti tal cosa, Señor! Eso no puede pasarte.*” Pero no lo es menos la de Jesús: “*¡Quítate de mi vista, Satanás! Eres para mí piedra de tropiezo, porque tú piensas como los hombres, no como Dios.*” Nuestra identificación con Pedro es total. La apuesta de Jesús no se enreda en los 'por qué', sino en qué hacer: “*Si alguno quiere venir en pos de mí, que se niegue a sí mismo, tome su cruz y me siga.*”

La misma postura encontramos en la Transfiguración: Pedro propone eternizar la experiencia, pero

¹⁰ Esto no quiere decir que la búsqueda y la convicción de la existencia de Dios es la necesidad de seguridad que tiene el hombre. El problema, más bien, hay que plantearlo desde la perspectiva de que el hombre en algo tiene puesta su seguridad, “en algún **dios** se está apoyando”, la pregunta entonces es más bien, ¿cuál es el vivo?, o dicho de otra forma, ¿cuál es el que da vida y libera?...

¹¹ Es la sugerente afirmación de Lewis: “*nuestra continua ocultación las primigenias vulgaridades morales*” (carta XXIII). Es lo contrario de lo actual: que lo más moderno es mejor y más verdadero.

¹² Es la continua 'condescendencia' de Dios en el **AT**: que tengan rey, templo... Una vez más, en la fe judeo-cristiana habría que hablar, en vez del *homo religiosus*, del *Deus humanus*.

¹³ Bartolomé Meliá, antropólogo que toda su vida la ha dedicado al mundo de los guaraníes en Paraguay, me contó que en un Congreso sobre indigenismo en aquel país, un guaraní tuvo la siguiente intervención ante el silencio que se hizo mientras el conferenciante buscaba una cita para probar los 'logros' que se habían alcanzado en este asunto: “*Lo fácil que es decir mentiras, cuando todos quieren escucharlas.*”

aquello se desvanece (Mt 17, 1-8). Y ante los demás anuncios de su pasión, la reacción de los discípulos no puede ser más nuestra: “*Ellos se pusieron muy tristes*” (Mt 17, 22-23), “*pero no entendían lo que decía, y les daba miedo preguntarle*” (Mc 9, 32), “*Pero ellos no entendían este lenguaje; les resultaba tan oscuro, que no captaban el sentido. Y les daba miedo preguntarle sobre el asunto*” (Lc 9, 45). ¡En el Evangelio no hay nada idealizado! La fe prepascual es muy precaria.

5. Culminación de la fe: el seguimiento. ¿La fe postpascual?

Pero veamos cómo Jesús plantea su seguimiento: “*Si alguno quiere venir en pos de mí, que se niegue a sí mismo, tome su cruz y me siga. Porque quien quiera salvar su vida la perderá; pero el que la pierda por mí, la encontrará. ¿Pues de qué le servirá a un hombre ganar el mundo entero, si pierde su alma? ¿O qué podrá dar para recobrarla?...*”

El texto es importante. La disyuntiva de Jesús es clara: 'salvar la vida' o 'perderla', no se trata de 'curarla'. No es la solución de un problema, sino la respuesta a la realidad personal como totalidad. En efecto, la vida biológica en sí no es respuesta a nada. ¿Qué contenido le doy? ¿Qué sentido tiene en su globalidad?..., preguntas que se concretan en la cotidianeidad: “La vida, ¿me harta?, o ¿me llena?”, que no es lo mismo. La 'curación' no 'salva', no da respuesta a la persona como totalidad.

¿No decíamos que la fe era 'adhesión personal'? Pues toda adhesión **personal** -si es tal- suscita un **seguimiento** incondicional. No es lo mismo que una adhesión ideológica que puede vivirse más desde 'principios teóricos', pero que no afectan a la vida real. Cuando el seguimiento es a una persona, supone que sus circunstancias me afectan, tengo que pasar por ellas. Si además, aquel a quien sigo se identifica con los 'últimos', mi seguimiento se convierte en cargar con tantas cruces cuantas vea a mi alrededor...

Distintivos de este seguimiento. “*Si alguno quiere...*”: ha de ser libre. “*Niéguese a sí mismo*”: de lo contrario no seguiré a nadie, lo utilizaré en provecho mío. “*Tome su cruz* (Lucas añade 'cada día')”: eludir las circunstancias es evadirse. “*Y me siga*”: es en la vida, no en las ideas. El seguimiento nunca es abstracción, sino concreción prosaica y monótona, que sólo lo hace posible la adhesión personal -el **amor**- que se traduce en un compromiso.

Ahora bien, todo seguimiento personal **totaliza**. La fe monoteísta de Israel exigía esta totalización (“*con todo tu corazón, con toda tu alma...*”); al convertirse en seguimiento personal, se humaniza. Pero la persona que seguimos tiene una dimensión trascendente que la coloca a otro nivel. Lucas 14, 26-32 resalta esta dimensión: “*Si alguno viene a mí y no pospone a su padre y a su madre, y a su mujer y a sus hijos... incluso a sí mismo, no puede ser discípulo mío...*” Son exigencias que ponen en juego la totalidad que sólo se daba de cara a Dios en el monoteísmo.

Pero estos niveles de respuesta no están en nuestra mano: sin la fuerza del Espíritu son imposibles. Y es que la meta es el mismo Dios: “*Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto.*” (Mt 5, 48) Sólo la fe postpascual posibilitará este seguimiento gozoso (Hech 5, 41).

III. Fe de Pedro:

Después de todo lo dicho, tiene sentido comprobar en Pedro, cómo fue su fe prepascual, cargada de peripecias, y la postpascual. Podemos dividir el recorrido de su fe en tres tiempos:

- antes de las negaciones
- en las negaciones
- después de las negaciones

Antes de las negaciones. (Fe prepascual, podríamos titularlo)

La fe de Pedro antes de las negaciones pasa por las situaciones más dispares: de lo más sublime a lo más ridículo, de lo más entrañable a lo más irritante. Resaltemos lo más significativo.

El encuentro.

Como toda relación personal, **Juan** lo describe como un encuentro gracias a su hermano Andrés, que “*lo llevó a Jesús. Jesús se le quedó mirando y le dijo: 'Tú eres Simón, el hijo de Juan; tú te llamarás Cefas' (que se traduce: Pedro)*” (Jn 1, 41-42). La mirada, llamarlo por su nombre y cambio de nombre, que simbolizará su misión futura. En **Mateo** y **Marcos** es el llamamiento a los dos hermanos, al que responden inmediatamente: “*Jesús les dijo: 'Venid en pos de mí y os haré pescadores de hombres'. Inmediatamente dejaron las redes y lo siguieron.*” (Mc 1, 17-18) Lucas lo enmarca en una sorprendente pesca que provoca en Pedro una reacción de auténtica adoración: “*Al ver esto, Simón Pedro, se echó a los pies de Jesús diciendo: 'Señor, apártate de mí, que soy un hombre pecador'...*” (Lc 5, 8-9)

Elección y misión.

En la elección de los Doce, él es el primero que se nombra y los tres sinópticos aluden al cambio de nombre. Pero la misión la recibe después de su respuesta ante la pregunta de Jesús: “*Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?*”: “*¡Bienaventurado tú, Simón, hijo de Jonás!, porque eso no te lo ha revelado ni la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos. Ahora yo te digo: tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y el poder del infierno no la derrotará. Te daré las llaves del reino de los cielos; lo que ates en la tierra quedará atado en los cielos, y lo que desates en la tierra quedará desatado en los cielos.*” (Mt 16, 13-20)

A partir de este momento, va a tener un protagonismo evidente: en la crisis de Cafarnaúm, Pedro es el que reacciona: “*Señor, ¿a quién vamos a acudir? Tú tienes palabras de vida eterna...*” (Jn 6, 67-69), en la transfiguración (Mt 17, 1-5), en oración en el Huerto (Mt 26, 36-46), y, según Lucas, en la última cena le dice: “*Simón, Simón... yo he pedido por ti, para que tu fe no se apague... cuando te hayas convertido, confirma a tus hermanos.*” (Lc 22, 31-32) Un protagonismo claro que él se creyó.

Engreimiento.

Aparece desde el primer momento de la elección: la reprensión ante el anuncio de Jesús de su pasión, ante las exigencias de Jesús de dejarlo todo para seguirlo, “*Pedro se puso a decirle: 'Ya ves que nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido*”, su disposición a perdonar: “*Señor, si mi hermano me ofende, ¿cuántas veces tengo que perdonarlo? ¿Hasta siete veces?*” Jesús le desmonta esa manía de contabilizar para competir, respondiéndole: “*No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete...*” (Mt 18, 21-22).

Pero es en la última Cena donde el lucimiento de Pedro pasa de lo ridículo a lo insultante: lavatorio de los pies (Jn 13, 4-11) y “*Aunque todos caigan por tu causa, yo jamás caeré*” Ante esta postura insultante, comenta el evangelista: “*Y lo mismo decían los demás discípulos.*” (Mt 26, 31-35) En el huerto, es Pedro el que saca la espada y corta la oreja a Malco (Jn 18, 10-11). Este pobre hombre, al que Jesús encarga que confirme la fe de los otros, ha tenido que experimentar todas las trampas por las que una fe 'sincera' puede pasar.

Debilidad

Pero este engreimiento va acompañado de debilidad, y Jesús intenta que tome conciencia de ella. Otra cosa es que parece no enterarse. Recordemos algunas de ellas:

–Andando sobre las olas, “*al sentir la fuerza del viento, le entró miedo... gritó: 'Señor, sálvame'...*”

Pero “*Enseguida Jesús extendió la mano, lo agarró y le dijo: '¡Hombre de poca fe! ¿Por qué has dudado?'...*” (Mt 14, 24-33).

–Otra debilidad es su torpeza, el no usar la inteligencia. Como 'líder' del grupo, acude a Jesús para que les aclare la 'parábola' de que “*no mancha al hombre lo que entra por la boca, sino lo que sale de la boca, eso es lo que mancha al hombre,*” a lo que Jesús responde: “*¿También vosotros seguís sin inteligencia?*” La fe está llamada a ser lúcida, no entontecimiento.

–La fragilidad humana: ¡se durmieron!, y ¡siguieron dormidos!, en el Huerto. Pero todas las debilidades se concentran en las negaciones.

En las negaciones

En efecto, las negaciones son el momento central en la vida de Pedro; van a suponer un antes y un después. Si quitamos las negaciones de la vida de Pedro, nos quedamos sin Pedro. Pero ¿por qué en Pedro este tocar fondo va a ser un punto de arranque y en Judas fue lo contrario?

Que la adhesión de Pedro al Señor es algo real lo confirma su presencia en el patio del Sumo Sacerdote. Por otro lado, las sucesivas identificaciones no encierran una amenaza: son comentarios de criadas y criados del Sumo Sacerdote, pero nada más. A Pedro, sin embargo, lo invade el pánico.

El canto del gallo va a agravar su pecado. Mateo comenta: “*Pedro se acordó de aquellas palabras de Jesús: 'Antes de que cante el gallo me negarás tres veces'*”. Pero ¡no reacciona! En ese momento podría haber confesado su identidad... pero no pudo: el miedo lo atenazaba.

Pero Pedro no se encierra en sí mismo: su imagen ante los demás, que tanto había cuidado -'*aunque todos se escandalicen, yo no me escandalizaré*'-, no parece pesar sobre él en estos momentos. ¿Por qué? ¿Dónde fue al salir del patio del Sumo Sacerdote? El Evangelio, ciertamente no lo dice, pero constata su presencia en el grupo el primer día de la semana. Pedro no se aísla. En los cuatro Evangelios se nos narran las negaciones: no ocultó sus lágrimas.

¿Y Judas? Mateo nos dice que se arrepiente, confiesa su pecado, devuelve las monedas..., pero se queda solo con su culpa, y no va con los compañeros: “*...y fue y se ahorcó.*” El yo aislado, o se justifica o se culpabiliza...

Y es que a Pedro, lo que le duele no es su imagen rota -no habría ido donde los compañeros y, menos, contado lo ocurrido-. Sus lágrimas no eran por él, sino por lo que había ocurrido, por Jesús, y su recuerdo se hizo mirada recuperadora. Por otro lado, para los compañeros, el relato desolado de Pedro refleja la realidad de cada uno de ellos. Nos encontramos en la debilidad confesada.

Pedro experimentó en las negaciones, como antes nunca lo había hecho, su impotencia radical. Ante su fracaso, sólo le quedaba aquella persona con la que siempre había contado en todos sus fracasos. Para que surja el 'hombre nuevo', tiene que morir antes el 'hombre viejo'. Todo aquel engreimiento y protagonismo se estrella en lo que más podía dolerle: la fidelidad a ultranza de la que él se ufana ante los compañeros, se ha convertido en negaciones reiteradas, con la incapacidad de reacción. Esto, que vivido desde la 'culpabilidad' le hubiese llevado al suicidio, se va a convertir en poner su seguridad donde no falla. Pero esto es posible incorporándose al grupo. El Hecho Pascual va a repetirse en cada creyente por el bautismo: va a morir a la propia prepotencia para abrirse a una nueva vida en el Espíritu y formar parte de una Iglesia frágil, pero que es 'cuerpo de Cristo'. Sólo muriendo a sí mismo, nos abrimos a los hermanos: Pedro va a poder confirmarlos en la fe cuando

ha dejado de ser el centro.

Después de las negaciones (fe postpascual)

En efecto, el Evangelio constata que el Resucitado se aparece a Pedro personalmente: “*Era verdad, ha resucitado el Señor y se ha aparecido a Pedro*” (Lc 24, 34). Esta aparición, que no relatan los Evangelios, sin embargo, se incorpora a las 'fórmulas de la tradición' que Pablo ha recibido: “...os transmití... lo que también yo recibí: que Cristo murió... y que resucitó...; y que se apareció a Cefas y más tarde a los Doce;” (I Cor 15, 3-5).

Este encuentro nadie lo presencié. Ni Pedro lo relata. Sin embargo, en su carta se presenta como “*testigo de la Pasión de Cristo y partícipe de la gloria que se va a revelar...*” (I Ped 5, 1.6-7) Pero hay algo claro: el Pedro de después de las negaciones no es el mismo.

Juan 21, 1-23 nos describe esta nueva realidad. Allí encontramos a Pedro, con seis compañeros, que al decir: “*Me voy a pescar*”, se suman a él: “*Vamos también nosotros contigo*”. Se intuye un liderazgo sin protagonismo ni imposición. La presencia de Jesús en la playa, tampoco es él quien la descubre. Ante el testimonio de Juan, Pedro “*se tiró al agua*”. Cuando Jesús dice: “*Traed de los peces que acabáis de coger*”, es Pedro el que reacciona. Es el Pedro impulsivo, pero que ahora no dice, sino que hace: toda su palabrería se ha convertido en servicio espontáneo y gozoso.

Pero la escena clave es al terminar la comida, con la triple pregunta de Jesús. Las tres respuestas de aquel hombre, no humillado ni culpabilizado, pero sí humilde, nos revelan en qué ha consistido su cambio. Yo me he preguntado muchas veces: ¿cuál hubiese sido su respuesta de hacerle las mismas preguntas antes de las negaciones?...Pero Jesús pregunta después...

La respuesta de Pedro es la síntesis más lograda de la vivencia de 'sentirse redimido', concepto complejo de explicar y que ha dado lugar a hipótesis tan enrevesadas.

Las tres preguntas (cada una tiene su matiz) confrontan a Pedro con la verdad de su relación con él, empezando por su engreimiento y terminando por la historia de ese 'cariño' tan accidentado. Pedro da una única respuesta, con un añadido en la última: “*Sí, Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te quiero.*” Se ha producido un descentramiento total. Su seguridad no radica en él mismo, sino en Jesús. Y es que cuando hacemos daño a la persona que realmente queremos, ni se nos pasa por la mente que no la queremos, sino todo lo contrario. El hecho de haber fallado no quiere decir que no la quiero, sino que soy un desastre, pero “*¡Este 'desastre' te quiere!*” Se nos ha educado, desde nuestros idealismos y autenticidades, a que si fallo es que no amo... Puede ser, pero no se sigue.

Pues bien, ese cariño que, desde fuera no puede verse, Dios sí lo ve: él es el que sueña con mi recuperación, no con la 'autenticidad' que a lo mejor lo único que busca es exhibirse. Pero esto es pura vivencia, no hay ningún tipo de argumentación ni lógica que lo 'demuestre'. La vivencia se comunica, no se argumenta -¡porque no hay quien la pueda 'explicar'!- Es la experiencia de sentirse recuperado porque en el fondo hay algo más grande que mi ofuscación, mi ceguedad, o mi impulso.¹⁴ Cuando ha tocado fondo su incongruencia -¡no sólo reconocida en su interior, sino compartida con los compañeros!- es cuando puede descubrir este fondo que sólo Dios conoce.

¹⁴ Sería lo que San Ignacio plantea en EE 32: lo 'propio mío' es mi 'mera libertad y querer', todo lo demás 'viene de fuera', aunque esté en mí. Es lo que en Evangelio se nos dice: “*Y tu Padre que ve en lo secreto...*” (Mt 6, 4) o en Juan: “*Pero Jesús no se confiaba a ellos, porque los conocía a todos y no necesitaba el testimonio de nadie sobre un hombre, porque él sabía lo que hay dentro de cada hombre.*” (Jn 2, 24-25)

Y es que como hemos dicho, la vivencia se comunica, no se explica. En efecto, no me he encontrado a nadie que me haya hecho este razonamiento: “¡Hay que ver el patinazo que pegó este hombre al final! Con el 'carrerón' que llevaba, 'la cag...' al final.” ¡Qué intuiremos en su vivencia que, si quitamos las tentaciones de la vida de Pedro, nos quedamos sin Pedro!

Intuimos que el perdón de Dios no tiene nada que ver con el nuestro. No es la simpleza de que: “¡Es tan bueno, que no mira el fallo!”, lo cual puede ser peligroso, porque el daño está ahí y no se puede mirar para otro lado.¹⁵ Su misericordia es mucho más profunda: es que apuesta por nuestra recuperación. Él, que ve en lo secreto, descubre las posibilidades que a nosotros mismos se nos escapan: *'no sabíamos lo que hacíamos'* (cf. Lc 23, 34).

El Pedro prepotente, engreído, no aparece por ningún lado: la experiencia de su miseria le ha llevado a no apoyarse en su fuerza, sino en la fuerza recuperadora de Dios. ¡El experimentar la propia miseria nos hace misericordiosos!... si la aceptamos y la confesamos. Esta es la experiencia que ha cambiado a este hombre. Es la vivencia de que sus negaciones no han borrado lo que había de verdad en su engreimiento: 'Es verdad que me 'lucía', pero “¡Tú sabes que te quiero!”...

Resumiendo, el pecado en Pedro, vivido desde la realidad de lo ocurrido, no desde su imagen rota - Judas-, va a ser, en vez de una ruptura, un triple lugar de encuentro: encuentro con **su verdad** -su cariño no contaba con su cobardía-, con los **compañeros** -nos encontramos en la debilidad confesada, no en el engreimiento-, con **Jesús** -"Tú sabes que te quiero".

Este hombre recuperado será el que después sabrá ofrecer la oportunidad de recuperarse al pueblo judío y sus autoridades: *"Ahora bien, hermanos, sé que lo hicisteis por ignorancia lo mismo que vuestras autoridades..."* (Hech 3, 17). Este es el perdón de Dios: un perdón que rehabilita, no un perdón que 'restriega', pero tampoco un perdón permisivo y que hace la vista gorda... Pedro antes de ofrecerles esa posibilidad recuperadora (¡porque no culpabiliza!), les ha hablado bien claro: *"...matasteis al autor de la vida..."* Pero estos fondos sólo Dios los conoce; lo único que nos toca es asumir nuestra incongruencia y confesarla, de lo contrario nunca tendremos esta vivencia.

Por último tenemos los tres encargos de Jesús, la misión de Pedro: en la primera habla de apacentar a sus 'corderos' y las dos restantes habla de sus 'ovejas'. Es decir, su misión no es dividir (¿la división de Mateo 25 entre ovejas y cabritos?) sino de pastorear ya sean corderos, ya ovejas. Ahora está preparado para esta tarea recuperadora.

A partir de este momento, Pedro va a ser otro: nada de sobresalir. Su 'protagonismo' es puro servicio. Su preeminencia, que antes vivía de forma pueril, ahora es en el nombre de Jesús nazareno y desde el Espíritu Santo: *"...en nombre de Jesucristo el nazareno, levántate y anda"* (Hech 3), y el hombre apocado y cobarde de las negaciones, ahora sabe dar testimonio, junto con Juan ante el Sanedrín, *"...lleno de Espíritu Santo."* (Hech 4, 8). Es el *'ángel del Señor'* el que los libera por la

¹⁵ Puede ser iluminador el siguiente comentario de Benedicto XVI en **Jesús de Nazaret (II)**: *"Dios no puede simplemente ignorar toda la desobediencia de los hombres, todo el mal de la historia, no puede tratarlo como algo irrelevante e insignificante. Esta especie de "misericordia" y "perdón incondicional" sería esa "gracia a bajo precio" contra la que protestó con razón D. Bonhoeffer ante el abismo del mal de su tiempo. La injusticia, el mal como realidad concreta, no se puede ignorar sin más, dejarlo estar. Se debe acabar con él, vencerlo. Sólo esto es verdadera misericordia. Y que ahora lo haga Dios, puesto que los hombres no son capaces de hacerlo, muestra la bondad "incondicional" divina, una bondad que no puede estar en contradicción con la verdad y la correspondiente justicia. "Si somos infieles, él permanece fiel, porque no puede negarse a sí mismo"* (II Tim 2, 13) (pp. 186-192) ???

noche (Hech 5, 17ss). Sus milagros a Eneas y Tabita en Jafa, llevan a que “*muchos creyeron en el Señor*” (Hech 9, 32-42), y a la apertura a los gentiles (Hech 10 y 11). Estamos ante una realidad distinta, y no porque Pedro ha reconocido su fragilidad, sino porque su fe es postpascual.

Como comenta Berger: “*por eso se decía en la iglesia antigua, es bueno que el Señor haya llamado como pastor a alguien que sabe lo que es el fracaso y no a un fanático santo y puro como el profeta Elías...*”¹⁶

¿Qué nos dice el Nuevo Testamento de la fe?

ESQUEMA

Introducción

I. La fe postpascual: la fe de la Iglesia

II. La fe prepascual

2.1. Lo incompatible con la fe

- la soberbia
- la exigencia o la curiosidad imposibilitan el don y la sorpresa
- el temor y la duda
- la inconstancia
- la incredulidad radical

2.2. Clases de fe

- fe 'firme'
- fe mágica
- fe 'milagrera'
- fe respuesta personal: seguimiento

2.3. Jesús ante la fe de los demás

- quejas
- sorpresas

2.4. Dificultades para creer en Jesús

- el poder
- la riqueza
- la sexualidad
- el sacrificio

2.5. Culminación de la fe: el seguimiento. ¿La fe postpascual?

III. La fe de Pedro

- antes de las negaciones

* *el encuentro*

* *elección y misión*

* *engreimientos*

* *debilidades*

- en las negaciones
- después de las negaciones

¹⁶ Klaus Berger, *Opus citatum*, pp. 687-691 ???